



Reflection from the Pastor, Fr. Crespo Lape, MJ

Easter Sunday

“Christ is risen...because He lives, we, too, are called to rise.”

Let's begin with a light Easter smile. A teacher once asked her fifth graders why Jesus appeared to women first after the Resurrection. One girl answered, “So the news would spread faster!” And when Joseph of Arimathea offered his costly tomb for Jesus, someone wondered why. Joseph might have replied, “He only needed it for the weekend.” But that “weekend” changed everything.

In today's first reading from Acts, Peter boldly proclaims what he once feared to say: Jesus, who was crucified, is alive—and Peter is a witness. This is remarkable, because not long before, Peter had been hiding, afraid, and silent. The Resurrection transformed him. Fear gave way to courage. Silence turned into proclamation.

Saint Paul tells us why this matters for us: “If you have been raised with Christ, seek what is above.” Easter is not only about what happened to Jesus; it is about what is now happening to us. In a world marked by uncertainty, division, and anxiety about the future, Easter calls us to live differently—to set our hearts not on fear or despair, but on the risen Christ, who is our life.

In today's Gospel, Peter and the beloved disciple run to the empty tomb. They do not yet understand everything—but they see, and they begin to believe. Easter faith often begins like that for us too: not with complete answers, but with trust that God is at work, even when the tomb still looks empty.

Easter, then, is a call to transformation. It invites us to leave behind the tombs that confine us—fear, indifference, sin, hopelessness—and to live as witnesses of new life. If Christ is risen, then our lives must reflect that truth in how we love, forgive, serve, and hope.

A man once told me that after losing his job and his marriage, he walked away from church. His life just closed, like a sealed tomb. Then one Easter morning, almost by chance, he slipped into the back pew of a church. He heard nothing remarkable—only the ancient, simple words: “*Christ is risen.*” Yet those words touched him. Nothing changed overnight. But he returned. And little by little, what was closed was open again. Hope took root. Life stirred again. Later he said, “I didn't rise all at once—but good, I didn't stay in the tomb.” That is the power of Easter. Christ is risen—and because He lives, we, too, are called to rise.

Reflexión del Pastor, Padre Crespo Lape, MJ

Domingo de Pascua

“Cristo ha resucitado... porque Él vive, nosotros también estamos llamados a resucitar.”

Comencemos con una ligera sonrisa de Pascua. Una maestra preguntó una vez a sus alumnos de quinto grado por qué Jesús se apareció primero a las mujeres después de la Resurrección. Una niña respondió: «¡Para que la noticia se difundiera más rápido!». Y cuando José de Arimatea ofreció su costosa tumba para Jesús, alguien se preguntó por qué. José podría haber respondido: «Solo la necesitaba para el fin de semana». Pero ese «fin de semana» lo cambió todo.

En la primera lectura de hoy, tomada de los Hechos de los Apóstoles, Pedro proclama con valentía aquello que antes temía decir: Jesús, que fue crucificado, está vivo, y Pedro es testigo de ello. Esto resulta extraordinario, pues no mucho antes Pedro se había estado ocultando, atemorizado y en silencio. La Resurrección lo transformó. El miedo cedió el paso a la valentía. El silencio se convirtió en proclamación.

San Pablo nos dice por qué esto es importante para nosotros: «Si han resucitado con Cristo, busquen lo de arriba». La Pascua no trata solo de lo que le sucedió a Jesús, sino de lo que ahora nos está sucediendo a nosotros. En un mundo marcado por la incertidumbre, la división y la ansiedad ante el futuro, la Pascua nos llama a vivir de manera diferente: a poner nuestro corazón no en el miedo ni en la desesperación, sino en Cristo resucitado, que es nuestra vida.

En el Evangelio de hoy, Pedro y el discípulo amado corren hacia el sepulcro vacío. Aún no lo comprenden todo, pero ven y comienzan a creer. La fe pascual a menudo comienza así también para nosotros: no con respuestas completas, sino con la confianza de que Dios está obrando, incluso cuando el sepulcro todavía parece vacío.

La Pascua es, pues, un llamado a la transformación. Nos invita a dejar atrás las tumbas que nos confinan —el miedo, la indiferencia, el pecado, la desesperanza— y a vivir como testigos de una vida nueva. Si Cristo ha resucitado, entonces nuestras vidas deben reflejar esa verdad en la forma en que amamos, perdonamos, servimos y esperamos.

Una vez, un hombre me contó que, tras perder su empleo y su matrimonio, se alejó de la Iglesia. Su vida simplemente se cerró, como una tumba sellada. Entonces, una mañana de Pascua, casi por casualidad, se deslizó hasta el último banco de una iglesia. No escuchó nada extraordinario; solo las palabras antiguas y sencillas: «Cristo ha resucitado». Sin embargo, esas palabras lo conmovieron. Nada cambió de la noche a la mañana. Pero él regresó. Y, poco a poco, lo que estaba cerrado volvió a abrirse. La esperanza echó raíces. La vida volvió a agitarse. Más tarde dijo: «No resucité de golpe, pero, afortunadamente, no me quedé en la tumba». Ese es el poder de la Pascua. Cristo ha resucitado; y, puesto que Él vive, nosotros también estamos llamados a resucitar.